

EL CANAL DE SUEZ

AGITÓ LA MANO derecha, como lo hacen las reinas del Carnaval, sin olvidarse de sonreír y de acuchillar la vista en un punto preciso, por más que sintiera, dolorosa y placenteramente, el deseo de observar mínimos cambios en ese río que siendo niña recorrió desde el lugar que se supone

sea el de su nacimiento hasta ese otro, sucio por tantos acarreo de basura, en el que, para siempre, desemboca al mar, ese mismo mar que no está muy lejos del balcón en el que se muestra, sonriente, a la multitud congregada allá abajo, a sus pies, esos perfectos pies que los tacones de los zapatos dorados no conseguirán deformar, ni mucho menos cambiar, el color blanquísimo de la piel, tan libres de arrugas o cicatrices como el resto de su cuerpo desnudo y que, por primera y nunca última vez, ofrecía a ojos desconocidos, asombrados y en la calle, con envidia mayor a la provocada por esa *niña imbécil* que una vez tuvo que fingir orgullo cuando Su Majestad de un Imperio que no pronunciaba su mismo idioma le tendió una mano enguantada para que la besara en señal de respeto y sumisión, aunque hubiera escuchado, *la pobre niña imbécil*, que la máxima autoridad del pueblucho exclamara, con satisfacción y pedantería: "Ya ve usted, Su Graciosa, nosotros también tenemos reina", todo porque *la muy idiota* había resultado electa soberana durante los días de un Carnaval dominado por el viento del norte que azotaba puertas y llenaba de arena los más apartados rincones de la casa, electa no por voto popular sino por acostarse con todos los integrantes de un comité *engañaturistasbaratos*, pensaba repitiéndose en voz baja, que mientras esos *quiensabecuan*tos ojos recorrieran, asombrados de su atrevimiento, no, por Dios, no de eso, por el contrario, *de mis ganas de balagar a esa gente que se muere de tedio cuando no cae un solo visitante, y se pone a tocar las maracas o a disfrazarse con ridículos trajes regionales de manera tan ñoña (¿así se dice?)* igual que esos *cancioneros que desentonan al son de la marimba en honor de Su Graciosa Majestad de un Imperio en el que se habla mi mismo idioma, y no el de la otra, la pobre niña imbécil, que no hace caravanas porque se cree la bermana aunque sea durante las boras que dure tan regia visita o las fiestas para las que fue electa no por votación popular sino por la obligación de acostarse con todos los miembros del Comité Organizador incluyendo a la Máxima Autoridad del pueblo*, Ella es la reina, ella es la reina, yo soy...

Se apresuró a alisarse los mechones del cabello dorado que una inoportuna corriente de aire marítimo había despeinado, mientras con la otra mano seguía agradeciendo los gritos de esa multitud reunida en todos los pasillos que comunican entre sí a los restaurantes-bares que pululan en ese exacto lugar pero que conducen a "El Canal de Suez", *esa resequeidad de garganta que ahora siento de nuevo*. Otra corriente de aire, acaso más fuerte que la anterior, volvió a despei-

JUAN VICENTE MELO

Para Luis Arturo Ramos

narla y dijo al mismo tiempo que pensaba en las botellas que le enviarían: *No. No va a haber buracán ni nada parecido, no se me pega la gana que sople cualquier cosa que contraríe mi fiesta, así que ordeno que nada se mueva*. Oyó, o no se dignó escuchar leperdas y gritos ofensivos que *seguramente por envidia o calentura momentánea* coreaban los de allá abajo, así que cambió la furia con la que había respondido a las caricias del mar, *odio ese mar porque está inundado de sal*, por una sonrisa todavía más amplia a fin de poder exhibir toda la dentadura, *ni una sola pieza carlada, para que aprendas niña más recontraidiotita que tu abuela*. Contó mentalmente los mosaicos del piso para que no fueran a creer que se tambaleaba, *ese malestar que siento en la boca del estómago es por la emoción*.

Con una mano se peinó como pudo los mechones rebeldes y después la bajó por sus senos sin ocultar la alegría de observar cómo se disparaban hacia la muchedumbre, *y eso que el idiota del médico me advirtió que con la edad se me caerían*, por el ombligo que quiso reluciente de tan escondido, por el vientre que ardía *no por el coctino sol que todo lo estropea*, por el sexo seco *no es cierto: aquí está, mírenlo, es de todos ustedes... es nada más tuyo, siéntelo entreabierto y pegajoso*, por las piernas que *muchas quisieran para un día de fiesta*, y no por los pies *no porque tenga miedo de caerme que para sostenerme están los zapatos y además porque tendría que arrodillarme y esa desfachatez ni muerta, así que siéntense donde puedan y acaricien los suyos como si pudieran imitarme*. Escuchó que tocaban a la puerta y se volvió, triunfal, al interior del cuarto en que la habían encerrado, *ese mugriento cuarto de este pinche hotel que va a volverme loca*. Dirigió una última y radiante mirada al público reunido allá abajo *no es mi culpa que se amontone la gente como si fueran a un entierro*, no pudo resistir el recuerdo de aquel río, *no está muy lejos de aquí*, en el que podía traer agua dulce a pesar de las flores marchitas que acarrecaba hasta las arenas de la playa o de la basura que tiraban las esposas de los pescadores. Comprobó que le faltaban manto y corona y volvió a corresponder a los gritos con manoteos cada vez más desordenados.

Mientras se inclinaba para correr el seguro de la puerta y abrochase las correas de los zapatos de tacón dorado y muy alto, sonrió al pensar en las mentiras que debía inventar el mozo de "El Canal" para que ella tuviera una, dos, ciento, miles de botellas. Abrió la puerta.

Entró a zancadas el fiel asistente del médico, seguido de una mujer que tenía aspecto de enfermera por

el gesto malhumorado y el uniforme blanco. Los miró con amargura, odio y fastidio.

El fiel asistente del médico abrió una cajita metálica y observó atentamente el líquido que casi llenaba la jeringuilla. La enfermera de gesto malhumorado y uniforme blanco comprobó que la puerta quedara perfectamente cerrada, la obligó a acostarse boca abajo sobre la cama deshecha, repitió algo después de tomarle el pulso y la presión arterial, se enjugó las manos y comenzó a frotarle una nalga con algo que debía ser algodón mojado con alcohol "para uso exclusivo del Sector Salud".

—En la otra, por piedad, que ésta ya la tengo agujerada por tantos piquetes.

Cerró los ojos y trató de que no se oyera el grito que le produjo el torpe pinchazo. Cuando volvió a abrirlos, vio al fiel asistente del médico que sonreía:

—Esta es su inyección de hoy, pero faltan las pastillas. Pórtese bien y ya no haga el ridículo asomándose al balcón. No me diga que finjo demencia porque la señorita enfermera y su seguro servidor la vimos. Y que quede bien claro, mi estimada señora, que eso que vimos y no creímos se lo vamos a contar al señor doctor para que se lo diga a su señor esposo de usted. Y para que eso no vuelva a repetirse vamos a asegurar la puerta por fuera, a clausurar el balcón (es inútil que derrame lagrimitas de cocodrilo arrepentido, que ya tenemos permiso del dueño de este establecimiento que no quiere más escándalos y que accedió a tenerla aquí bajo la promesa del señor doctor —a quien le debe ciertos servicios— si no, decía de lo que se trataba pues éste, bien lo sabe usted, mi querida señora, es un hotel respetable que vive de su prestigio ganado por muchos años de trabajo y por la honradez de los clientes que aquí se hospedan). Señorita enfermera, hágame usted el favor de darle dos pastillas a la señora en ese vaso de agua que trae usted por órdenes terminantes del señor doctor.

Se incorporó lentamente y tomó las dos pastillas. Sintió que una gran pesantez le recorría todo el cuerpo y que el sueño le iba a obligar a cerrar los ojos. Pero corrió a abrir cuando oyó otros toquidos, alegrándose de que la enfermera estuviera a punto de caer al tratar de detenerla. Escuchó la voz del fiel asistente del médico que había permanecido en un rincón del cuarto, como si estuviera paralizado.

Hizo que el mozo de "El Canal", *¿cuántos años tienes, muchachito?, anda, dame eso, siéntate conmigo a la mesa y no le tengas miedo a esos mequetrefes que tienen cara de retrasados mentales*, le entregara una bolsa de papel, se sentara con ella a la mesa y observara, con los ojos tan negros como los de allá abajo, su cuerpo repentinamente joven, sus dedos ensortijados que despedazaban un pan verdoso, su boca pegada a una botella, a otra botella, a otra, otra, otra botella.

Recuperó la sonrisa de antes, la del balcón, y se acercó a una oreja del mozo:

—Fíjate, muchachito, *¿cuántos años tienes? No le puedo fallar al populacho que espera mi número de mañana. No le tengas miedo a esos mal nacidos que van a ir con el chisme al doctor porque tú sabes que ese público me vitoreaba y no se refa ni mucho menos me insultaba. Sí, ya sé que son gentuza, la plebe, los indios, los negros, pero son mis súbditos y tienen el derecho y la obligación de admirarme en el momento que a mí se me antoje. Anda, no tengas miedo y cuéntame de tu novia, porque debes tener novia ¿no? porque si no las muchachas de aquí están ciegas...*

—Señora, no le quedan esas tonterías, ya usted... (El fiel asistente).

—Mañana me aplaudirán todavía más, a rabiar como decía mi madre que en paz descansen...

—... está vieja, mírese en el espejo (El fiel asistente).

—Es una lástima que no puedas verte en un espejo, muchachito, pero ya rompí todos los que había y destrozaré cuántos se les ocurra traerme.

Tocaron nuevamente a la puerta y la señorita enfermera corrió a abrir mientras el fiel asistente del médico se limitaba a indicar a los recién llegados el balcón.

—Ya está entrando el norte, dijeron sin que nadie preguntara nada y clavetearon ruidosamente maderas y hasta simulacros de vidrios. Luego se retiraron seguidos del fiel asistente del médico y de la señorita enfermera. El mozo de "El Canal" hizo un tonto ademán de despedida. Ella se tiró en la cama y se besó la palma de una mano, como hacen las Reinas de Carnaval cuando envían besos desde Su trono del carro alegórico.

—Que sueñes con los angelitos.

